

Miguel Gil y Agustín Casasola se ocupan de la expropiación petrolera

Ricardo Pérez Montfort

Cuando se produce un acontecimiento que cimbra el transcurrir cotidiano de una sociedad, pocas cosas son tan difíciles como lograr la originalidad en el oficio periodístico. Más aún en un país como lo era México en la década de los años treinta. En aquella época la mayoría de los periódicos cubrían preferentemente tres áreas del acontecer humano: el quehacer de los políticos, los avatares de la farándula y el mundillo de los delinquentes. Sin duda existían enfoques distintos, dependiendo de la orientación ideológica de cada empresa diarística, sin embargo, las temáticas y sus tratamientos eran a cual más semejantes. Por ello, al suscitarse fenómenos políticos de la envergadura de una transición sexenal, una ruptura política o un decreto nacionalizador o expropiatorio, la producción periodística tendía a ser repetitiva y un tanto machacona.

La influencia del periodismo estadounidense ya era un hecho en las páginas de *Excelsior*, *El Universal*, *El Universal Gráfico*, *Novedades* y *La Prensa*, que eran los diarios de mayor relevancia en la capital del país. La combinación de noticias con reportajes, intercaladas con apoyos gráficos y columnas editoriales, eran el pan de cada día en el diarismo capitalino. Y dicho estilo ya se había colado en el influyente órgano del Partido Nacional Revolucionario, *El Nacional*, a pesar de su manifiesto espíritu nacionalista. El diario *El popular*, surgido en 1938, tardaría un poco en encontrar su propio estilo, dada su clara orientación obrerista. Sin embargo, muy a tono con el discurso político del momento, la mayoría de los diarios hacía referencia constante a las reivindicaciones populares, dando un lugar preferencial al protagonismo de las masas y al quehacer político de las organizaciones de trabajadores.

Por su parte, la competencia entre los rotativos tocaba tanto a los oficios propiamente periodísticos como al de los publicistas, y entre los primeros el trabajo reporteril se encontraba a cual más ocupado en las justas por conseguir las planas mayores. Por eso, tal como sucede ahora, cuando se suscitaba una noticia de relevancia ya no era rara la afluencia multitudinaria de representantes de la prensa, con libreta y cámara en mano, al lugar propicio en pos de la mejor declaración del figurón en turno.

Lo sucedido en la segunda mitad del mes de marzo de 1938 en la Ciudad de México no fue la excepción. Periodistas, reporteros gráficos, editorialistas,



La Prensa, 26 de marzo de 1938

publicistas, caricaturistas, epigramistas, en fin, la gente de la prensa diaria y semanal se dio vuelo con la noticia de la expropiación petrolera decretada por el general Lázaro Cárdenas aquel célebre día 18. El asunto dio mucho de qué hablar y ver durante todo ese mes. Notas breves, editoriales, declaraciones, fotografías, montajes, caricaturas, artículos de fondo, poemas y escarceos literarios, todos con el tema petrolero, abundaron en las páginas cotidianas. Y no era para

menos. Pocos acontecimientos de esa dimensión se habían suscitado en lo que iba del siglo xx mexicano, capaces de conmover a múltiples sectores de la sociedad en torno a una reivindicación tan popular y tan nacionalista, en el mejor de los términos.

La noticia dio la vuelta al país y luego al mundo. Las clásicas fotografías del general Cárdenas frente al micrófono leyendo el decreto expropiatorio o aquella de la manifestación del día 23 de marzo, en la que se concentraron en el Zócalo de la Ciudad de México cerca de 250 mil almas y sobre las cuales se podían observar dos aeroplanos monomotores a punto de chocar con la torres de Catedral, se hicieron rápidamente famosas. La mayor parte de la prensa se concentró, como era natural, en las pruebas clásicas de la trascendencia de aquella medida cardenista. A saber: las declaraciones de políticos, empresarios, intelectuales y artistas, acompañados con los recuadros gráficos sobre concentraciones multitudinarias, personajes relevantes o instalaciones relacionadas con el oro negro, ya fueran oficinas, estaciones de gasolina o refinarias.

En medio de este maremagnum de referencias petroleras llama la atención un reportaje que el periodista Mario Gil y el fotógrafo Agustín Casasola idearon para *La Prensa* el fin de semana siguiente a la publicación del decreto expropiatorio. El 25 y el 26



El Zócalo, marzo de 1938

de marzo los lectores de aquel diario pudieron saborear una de las piezas más jugosas del periodismo en boga en la capital del país. Tratando de ser consecuente con el interés generalizado en los temas de indole popular y masivo, el periódico quiso indagar la opinión de “aquella parte del pueblo que opera con libertad dentro del régimen democrático que vivimos; el que no está afiliado a ninguna organización de trabajadores o no cuenta en las nóminas del presupuesto”.

Así, con el fin de conocer el punto de vista de diversos sectores populares sobre el asunto petrolero, estos dos periodistas se lanzaron a las calles de la ciudad, libreta y cámara en mano. En su justificación inicial Mario Gil escribía:

Iremos —dije a Agustín Casasola, o sea el ‘chilpayate’ de esta dinastía de artistas fotógrafos— a recoger opiniones en la barriada, entre la gente pobre alejada del Sindicato. ¿Qué habrán oído, qué sabrán de este asunto?... Pero en nuestro trayecto encuestaremos a quienes podamos... ¿Listo?...

A continuación, con un lenguaje coloquial, el periodista narraba sus peripecias por la ciudad y reproducía las respuestas de sus entrevistados, intercaladas con una serie de magníficas fotografías que mostraban tanto a los personajes como a los ambientes con que estos dos profesionales del diarismo se iban topando. En un principio no fueron del todo congruentes con su intención inicial ya que después de entrevistar al exsecretario de redacción del mismo periódico *La Prensa*, dieron con su humanidad plena en el edificio de la CTM. Ahí, Vicente Lombardo Tolezano les soltó una larga perorata, de la cual afortunadamente sólo reprodujeron una foto y un rollo que cupo en media columna.

Poco después, y ya en la calle, se dio un diálogo entre los dos reporteros en el que el joven Casasola hizo gala de su elocuencia de la siguiente manera:

Vamos al azar —escribe Gil— ¿A dónde?... En busca de la oscura opinión, no escuchada aún. Le preguntaremos a todo el que comprendemos qué puede contestarnos...

—Es que ahora lo harán todos —dice Agustín—, porque el pueblo está despierto, hace guardia a la puerta de sus intereses y su conciencia irradia ideas, ¿o no?...

Y así fueron a dar con el siguiente entrevistado que era de oficio limpiabotas. Éste propuso que la deuda petrolera se pagara con el producto de los pozos: “¡Ah, pero eso sí...! —dijo— Se necesita una buena administración porque si nomás van al mangoneo.... ¡adiós petróleo y todo se irá en crecer y crecer la deuda!” Además de este testimonio, de sorprendente actualidad, el periódico reprodujo una espléndida fotografía de aquel hombre haciendo sonar su trapo sobre la chinela de un zapato.

El recorrido continuó hasta dar con un grupo de albañiles almorzando en la calle, haciendo un paro en su pesado trabajo. Después se supo que laboraban en la construcción de un cine en la calle de San Juan de Letrán. “Para que no se amosquen —Gil le dijo a Casasola— prepara tu cámara, afoca y ya que hayas fotografiado, avísame.” La fotografía resultó extraordinaria. Seis personajes con sus overoles y sus sombreros, tortilla en mano, esperaban a que el reportero se acercara y preguntase: ¿cómo pagarían la deuda? La respuesta fue arrebatadora: trabajando.

Para entonces ya había que cambiar de ambiente. Los dos reporteros buscaron la sombra y pasaron la gran puerta del edificio de la xrw en la calle de 16 de Septiembre. Ahí dieron con Rosarito Patiño, el único personaje femenino que aparecería en su encuesta. El tono del reportaje se trastocó en

seguida, de la misma manera en que se transformó el estilo del testimonio gráfico. La foto que acompaña el texto relativo a la señorita Patiño muestra un medio plano de una joven de cabello ondulado y negro que mira hacia la esquina inferior izquierda del cuadro. Su piel es muy blanca, contrasta con su ropa y su cabello oscuros, apuntando apenas las sombras bajo sus delgadas cejas. “¿Qué mejor sombra que la

de aquellas pestañas?” —preguntaría Mario Gil— “¿qué mejor paliativo para nosotros en aquel instante que sus ojos dormidos y acariciadores?” Ante las manifiestas intenciones donjuanescas de los reporteros, la chica pareció lanzarles un balde de agua fría al afirmar que estaba de acuerdo con las ideas de Lombardo y que había que recordar que la situación era delicada. La entrevista concluyó con un desairador: “Ya nos estábamos olvidando de lo que quiere decir patriotismo...”

El reportaje del día siguiente tuvo una estructura distinta y a decir verdad era mucho más flojo que el primero. En principio los dos periodistas hablaron con un exfuncionario del Monte de Piedad, después con un librero y en seguida con dos boticarios. En las tres fotografías que acompañan los resultados de estas entrevistas la espalda de Mario Gil, en primer plano, echa a perder el encuadre. Sin embargo la cuarta entrevista resultaba de sumo interés al igual que la fotografía que la acompañó. El personaje a retratar era un motociclista de tránsito de nombre Gustavo Ducloix que a decir por la imagen se había puesto bastante nervioso frente al reportero. El oficial observaba la libreta de Gil como tratando de cerciorarse de que lo que éste escribía era lo que él decía. La actitud era de cierta desconfianza como tratando de evitar que el periodista lo “balconeara”. La proposición de Ducloix para pagar la deuda petrolera tenía que ver con su oficio. “Desde luego economizaría gasolina en las oficinas de gobierno —dijo—,



Sucesos, abril 12 de 1938

pues por este concepto se gasta un pico...” Sin embargo, la conversación se fue hacia la imprudencia de los obreros del volante. El reportero le preguntó: “¿Conque está usted cazando a los chafiretes que pasan como bala?” A lo que el motociclista respondió: “Como que estamos aquí como rifle.”

La frase parece constatar la presencia de un aire lírico y musical que soplaba por el México capitalino de entonces. A los nacionales les habían picado la cresta y, tras el decreto expropiatorio, el tono engallado y fanfarrón insistía en aquello del “estoy como rifle”. Una canción con ese mismo título se había puesto de moda y la afirmación se repetía a la menor provocación. Testimonio de ello era también un fragmento del siguiente *Corrido del Petrolero* escrito por Felipe Valdez Leal:

Se fueron ya muy lejos
los grandes poderosos
que a nuestra linda tierra
vinieron a explotar.

Magnates petroleros
que ahí se hicieron ricos
pelaron todos gallo
con la ley de expropiación.

Pues ya no son los tiempos
en que la Gran Bretaña
cual reina de los mares
al mundo sorprendió.

Y ya no nos asustan
sus fuerzas ni sus mañas
estamos como rifles
para darnos un quemón...

Pero volviendo a la encuesta de Gil y a las fotografías de Casasola, vale la pena destacar los últimos dos personajes que aparecieron en su reportaje. Se trata de lo que ellos llamaron “un paria” y un “tlachiquero”. El primero no sólo no tuvo opinión alguna de lo que estaba pasando en materia petrolera en el país, sino que no parecía importarle gran cosa. El hombre no sabía leer y contestó la pregunta del reportero con un: “Y todo esto ¿a qué viene?” Frustrado, Gil se desesperó, lo que no pareció suceder con



El general Lázaro Cárdenas en Palacio Nacional, marzo de 1938. Núm. de inv. 51597

Casasola, quien aguardó al momento preciso y disparó su cámara justo en el instante en el que el hombre, sentado en la banqueta tejiendo un asiento de bejuco, volteó a ver al reportero. Ninguno entendió lo que le pasó al otro. Ninguno de los dos, confirmarían, “sabe nada de nada”.

Finalmente los periodistas entraron a la pulquería México Lindo. Agustín Casasola dispuso su cámara justo frente al mostrador. Arriba en la pared se adivina un retrato del general Cárdenas. El dependiente se mostró pensativo al centro del cuadro presintiendo a un costado la silueta del reportero. Con el cuerpo inclinado parecía poner en duda el oficio del encuestador. La desconfianza asomaba en su rostro. Gil cuenta que el “tlachiquero” sólo alcanzó a solicitar ayuda: “...A ver compadre Miguel...Opine usted aquí por mí, porque yo no puedo, no sé...” El compadre pidió la atención de toda la concurrencia y afirmó levantando su “catrina”: “Pues señor, la contribución no tiene remedio y yo la acepto aunque sea en el pulque...”

Así terminaba la segunda parte de este reportaje. Las andanzas de Mario Gil y Agustín Casasola continuarían, sin embargo, a lo largo de mucho tiempo, cubriendo tanto la noticia espectacular como el acontecer cotidiano. Sería difícil precisar si esta encuesta y estas fotografías le atrajeron un mayor número de lectores a *La Prensa* o si en la competencia

entre periódicos mexicanos de los años treinta estas páginas influyeron de manera alguna. Su valía, me atrevería a afirmar, radica mucho más en la posibilidad que tuvieron y tienen de mostrar una dimensión poco advertida para el lector común. Se trata de la dimensión que da la entretela humana que sostiene el bordado de los acontecimientos históricos con todas su carga de solemnidad y rigidez. Esa dimensión que estuvo y está ahí esperando a que alguien valore la combinación reportaje-fotografía como fuente de primera mano para acercarse al espacio de los sujetos y objetos llamados "sin historia". La fotografía y la prensa —tal como sucedió en el caso del reportaje antes reseñado— pueden convertirse en voz e imagen de quienes no tuvieron y no tienen entre sus preocupaciones vitales el pasar a la historia. Gracias a trabajos como el de Mario Gil y el de Agustín Casasola es posible acceder, aunque sea por un instante, a un diminuto fragmento de su paso por la vida. El oficio de estos reporteros logra así una pequeña contribución a la trascendencia de aquellos que la historia de este país parecía haber olvidado.



Marzo de 1938

Las citas de este ensayo pertenecen a los artículos: "La Prensa instituye El día del óbolo de la Independencia" del día 25 de marzo de 1938 y "La gran encuesta nacional de La Prensa" del 26 de marzo de 1938, ambos publicados en ese periódico y firmados por Miguel Gil.



Entrega de óbolo, marzo de 1938. Núm. de inv. 51622